

LA PASIÓN DE LA LUZ

TODO lo que vive ama la luz; la vida que cada día se renueva o renace por el beso de la luz sobre la Tierra, nació originariamente por el «flat» divino, como el mismo Logos o palabra de Dios que, como un manto brillante, envolvió al mundo y vistió a las criaturas. Toda vida humana es esperanza y esperanza de luz. «Luz, más luz» pedía el filósofo y poeta al morir; y la esperanza y la fe del hombre, encuentran la caridad de Dios en esa nueva luz que se levanta, definitiva, para los muertos.

El Divino Maestro, luz de gracia y de vida, fue en su predicación y ministerio un poeta de la luz. Le envolvían y acompañaban los cielos transparentes y luminosos, las playas reverberantes como ascuas de luz, las tierras ardientes y embriagadas de sol de Galilea, Samaria, y Judea, en donde vivieron aquellos labriegos y pescadores de tez morena y ojos misteriosos que parecían mirar lejanías de tierras y de siglos.. Aquella luz y aquellos huertos fragantes de azahar y aquellas laderas suaves que exhalaban aromas penetrantes de tomillo y romero. Y esa luz y ese campo y la palmera y el pozo y la fuente y los olivos del monte y la almazara de Getsemaní son los mismos en nuestro Sureste español. Es esta cuna y este ambiente nuestro como aquella Cuna y aquel ambiente del Señor.

La llegada del Mesías al mundo, se anuncia, a los cuarenta días, a los reyes de la tierra, por la luz de una estrella, fenómeno extraordinario que algunos han querido identificar con meteoro luminoso o hasta con el cometa Halley con su cola de luz, que guía a los Magos hacia el portal de Bethleem. Ardían perennemente, en la Sinagoga, las lámparas ante el velo y el arca de las Escrituras cuando aparecía en el mando una luz distinta...., Jesús creció en sabiduría y en gracia y luego en el monte Tabor, o donde fuere, una luz intensa, en la Transfiguración, envolvió al Divino Maestro y a los discípulos y a Moisés y Elías...

El día 25 del mes de *Kislaw* (nuestro diciembre) las fiestas de la Dedicación de los judíos, se llamaban «de las luces» por las muchas luminarias que se encendían en el templo. Allí fue Jesús a seguir su ministerio y discutir con gentiles y fariseos. Y fue también entre las luces de la fiesta de los Tabernáculos otra gran ocasión de presentar Jesús su doctrina. El pueblo llevaba al templo ramos de palma, de mirlo y sauce; y cuando la oscuridad descendía en el atardecer, encendían los grandes candelabros y las lámparas colgantes y entre aquellos fulgores danzaban y entonaban sus cánticos. Fue entonces, entra los fulgores de lámparas y antorchas de la Sinagoga, cuando, en el aula del tesoro, Jesús habló a los judíos de una luz que no entenderían porque no era luz física

visible para la retina humana: «Yo soy la luz del mundo. Quien me sigue no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Era Jesús mismo la luz y la llama que prenderían en el mundo para cegar y fundir al hombre antiguo y crear otra humanidad con el espíritu y la luz de la Buena Nueva..

Esa luz, y ese espíritu llegaron a nuestra patria con la nave de Santiago que rindió viaje en nuestra playa de Santa Lucía.... Y allí mismo, dieciséis siglos después, nació la «Hermandad y Compañía de la Pesquera» que fue el núcleo original y primario de nuestras Cofradías de Semana Santa. Con el mensaje del drama de Jerusalén y de la pasión del Señor, entra en nuestra tierra la luz sobrenatural a la que rendirá homenaje la luz física en la liturgia y en el arte tan diversos como variadas son la riqueza espiritual, étnica y geográfica de nuestra península, a orillas del Duero o del Tajo o de este luminoso mar de Levante...

Cartagena es predilecta de Dios, en el beso de la luz; no estoy seguro que muchos cartageneros sepan que es la ciudad más acariciada por el sol al cabo del año; nos lo dice en su magnífico libro «La España del Sur» un insigne francés, Jean Sermet, gran conocedor de esa demarcación geográfica, que asegura que el firmamento azul cobalto es en nuestra región el más claro y radiante y que el cielo de Cartagena es el más soleado de toda España. El procesionista cartagenero ha querido que su procesión haga de la noche día y que en las calles cartageneras, en la noche de Abril, llenas del «pathos» colectivo, de la emoción pasionaria de éste pueblo, brillen a plena luz y con mil destellos las gotas de sangre y de sudor de Jesús en la columna de la flagelación, las lágrimas de María, las pupilas agudas y penetrantes de San Juan y el oro, que es luz sin color, de las aureolas de santidad y divinidad de las imágenes. Nuestras Cofradías se esfuerzan, hasta lo imposible, en la ofrenda, la trascendencia, la superación y el simbolismo espiritual de las flores y las luces de la tierra.

Ayer aquellos hermanos de la «Cofradía de la Pesquera» con sus túnicas de percalina y sus cirios humildes, hacían una procesión como aquellas tétricas y profundas, sombrías y místicas de tierra adentro, que tenían la oscuridad como ese elemento casi sustantivo que prestaba misterio a las figuras de Ribera y destacaba en luz los lustros pálidos y las blancas túnicas de los frailes de Zurbarán; o esas otras figuras que parecen iluminadas por cirios y llamas temblorosas, las figuras, los rostros y las túnicas flameantes y temblorosas, con temblor ascendente, de Domenico el Greco... Pero año por año las Cofradías cartageneras se enriquecen de luz y buscan en los artificios industriales de la tierra y de la física, en la electricidad y ahora en el gas butano, la liberación de las

sombras y la plenitud de la luz.

Los «sanjuanistas» hijos predilectos de la luz, como respondiendo a aquel: «*In ipso vita erat et vita erat lux hominum, et lux in tenebris lucet*» y luego «*Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Erat lux vera quae illuminat omnem dominum*».. quisieron liberarse de toda atadura del cable rígido que electrifica, pero ata y traba la procesión y buscan en el gas butano ó en otra llama de la tierra, la luz y la libertad. «La verdad os hará libres» dice el texto sagrado. Verdad, libertad y luz se confunden en el alma cristiana y el Divino Maestro dijo, con palabras que recogió cuidadosamente San Juan evangelista: «¿No son doce las horas del día? Quien camina de día no tropieza porque ve la luz de este mundo; más quien camina de noche tropieza porque no hay luz en él»...

La pasión del procesionista cartagenero es la pasión de la luz, es hacer de la noche día luminoso, es hacer que su ofrenda religiosa, bien en la procesión del sol de mediodía, del «Resucitado» con las áureas trompetas y los himnos de los hombres y los niños que, en nuestras calles riman con el «resurrexit» que en el cielo, entre rumor de alas de serafines cantan el coro de ángeles y las trompetas arcangélicas o en la luz tibia de la madrugada; o en la noche perfumada de incienso y de flores bajo las estrellas del cielo sereno, siempre quiere el procesionista cartagenero que sus cortejos sean una ofrenda de la mejor «luz de este mundo» identificándola, en su ilusión, y su fervor con la luz de la Gracia del alma cartagenera que quiere así fundir «las doce horas del día» con las doce horas de la noche, en un solo tiempo, quieto, eterno y en una sola luz carismática de gratitud.

CASIMIRO BONMATI AZORÍN (Cartagena 1901-1966).

De la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas.